

*En el acto de clausura del ciclo de conferencias sobre «LAS COMUNIDADES RURALES Y EL DESARROLLO ECONÓMICO», organizado por el Instituto de Estudios de Administración Local y el Instituto de Estudios Agro-Sociales, el Presidente de este último Organismo, don Emilio LAMO DE ESPINOSA Y ENRÍQUEZ DE NAVARRA, pronunció el siguiente discurso:*

Como Presidente del Instituto de Estudios Agro-Sociales me cabe el honor de hacer uso de la palabra para clausurar este ciclo de conferencias, patrocinado por los dos Institutos: el de Administración Local y el que inmerecidamente presido.

Creo que la idea que ha movido a su organización era acertada. El tema está ahí, incidiendo sobre la realidad de cada día y de cada momento, y no debía quedar marginado ni sustraído al estudio.

Las personas que han intervenido en estas conferencias han sido elegidas con sumo cuidado y en consideración a una cualificación y a unos méritos personales indiscutibles. La esperanza puesta en ellos y la ilusión de contar con su valiosa aportación se ha visto plenamente cumplida y atendida con largueza. Quisiera, pues, comenzar por dar las gracias más expresivas a todos y cada uno de los participantes.

Todos ellos, con sus lecciones magistrales, nos han enseñado mucho. Y, por si esto no fuera suficiente, nos han empujado, delicadamente unos, tenazmente otros, urgentemente algunos, pero inteligentemente todos, a adentrarnos en el tema, asistidos por sus propias ideas para que ayudemos con las nuestras a encontrar soluciones, exigiéndonos un esfuerzo de imaginación creadora.

El tema central del ciclo es el de las Comunidades Rurales, su promoción, su transformación. Ante el desarrollo económico y el progreso técnico, las Comunidades Rurales se ven sometidas a una fuerte tensión. La cuestión capital es ésta: las Comunidades Rurales, ¿son o no capaces de dar cumplida y válida respuesta a la ofensiva de que son objeto? He aquí la problemática que ha sido analizada en las conferencias que se han venido celebrando, en las que se ha valorado el cuadro de soluciones instrumentado hasta el presente y sugerido aquellas otras que, a juicio de los conferenciantes, debieran instaurarse en el futuro.

Resulta realmente curioso que en tanto que el pueblo, como expresión de la totalidad del cuerpo social, reafirma día a día su poder y su fuerza, los pueblos, los burgos perdidos, los pequeños núcleos alrededor de los cuales venía girando la vida de ese pueblo, van quedando poco a poco vacíos, para constituir un pétreo testimonio más de un pasado histórico.

Ante la imposibilidad de venir a hacer un resumen de todo este cuadro de soluciones sugeridas por los conferenciantes, quisiera, cuando menos, expresar en este momento algunas ideas sobre este tema tan sugerente, centrándolas alrededor de dos ejes: el de la desintegración, como expresión del fenómeno de erosión de las Comunidades Rurales, y el de la empresa agraria, como instrumento de superación y como respuesta de las estructuras socio-económicas rurales al dinamismo de la sociedad industrial y urbana.

---

La mente lúcida, la inteligencia penetrante y ordenada de Ortega —del que se podrá disentir, pero al que no cabe dejar de admirar— nos recuerda en las primeras páginas de su ensayo sobre la invertebración española, como Monmsen, tras los capítulos preparatorios, al comenzar la narración de los destinos de Roma, se concentra, y anticipando en una síntesis el proceso histórico de aquel gran pueblo, escribe: “La Historia de toda nación, y sobre todo de la nación latina, es un vasto sistema de incorporación”. Y unas páginas más adelante y ya dentro de su propio tema, pero teniendo muy grabadas en su mente las líneas iniciales, añade Ortega: “El proceso incorporativo consistía en una faena de totalización: grupos sociales que eran todos aparte, quedaban integrados como parte de un todo. La desintegración es el suceso inverso: las partes del todo comienzan a vivir como todos aparte”.

Esto es, precisamente, lo que viene sucediendo en la sociedad rural al momento presente: que se ha desintegrado del resto del cuerpo social. Coexisten actualmente, en una lucha a veces fría, a veces caliente, dentro de las mismas fronteras nacionales, dos mundos, dos culturas, dos civilizaciones: la urbana o industrial y la rural o agraria. El problema, grave ya de por sí, presentaba síntomas menos alarmantes cuando estos dos mundos vivían enquistados y disociados; cuando constituían compartimentos estancos; cuando el dinamismo del primero no enturbiaba la quietud y sosiego del segundo; cuando la interrelación era menos acusada, y, sobre todo, cuando todavía la sociedad urbana ofrecía, junto a unos servicios semejantes a los del medio rural, unas condiciones de trabajo más duras e inflexibles.

Mas esta situación se ha visto alterada profundamente en los últimos años a impulso, fundamentalmente, de las aportaciones tecnológicas, que han modificado la situación de equilibrio y, por qué no decirlo, de paridad, inclinando decididamente el fiel de la balanza por el lado de lo urbano e industrial. Y ello, por tres tipos de avances técnicos: por un lado, en el área de los medios de comunicación y transporte; por otro, con los avances de la producción industrial, que hacen más leve el trabajo y más alto el rendimiento, y, por último, pero acaso más decididamente, en el terreno del bienestar colectivo, o de los servicios, de las grandes ciudades.

---

Hasta hace no muchos años el fenómeno de desintegración social se manifestaba, fundamentalmente, en un orden vertical: los distintos estratos de la sociedad, lo que pudiéramos llamar, con todas sus imperfecciones, clases alta, media y baja, vivían geográficamente unidas, pero espiritualmente distanciadas. Y así como se ha observado agudamente que la lucha de clases se ha transferido a la esfera internacional, en lucha entre naciones desarrolladas, o ricas, y pobres, o subdesarrolladas, así, dentro de una misma nación, la ausencia de sentido comunitario en un orden vertical se ha desplazado en horizontal y hoy tiene su máxima expresión en la insolidaridad entre lo urbano y lo rural.

Prever un futuro próximo, con esos dos mundos separados e insolidarios, es aislarse de la realidad, pues, como recordaba no hace mucho tiempo, al dirigirme, en Mérida, a los miembros de la Asociación de Derecho Agrario, el mundo rural sólo ha podido instaurar una estrategia de defensa, pero hoy no sólo está cercado, sino invadido por la sociedad urbana, que llega en las vacaciones y fines de semana hasta los más apartados rincones; que en ciertas áreas, cada vez más extensas, contempla la actitud siempre ociosa del turista; que absorbe a una gran parte de la población rural, ofreciéndole una falsa felicidad; que brinda, a través de sus medios de comunicación, una vida aparentemente fácil y comunitaria, y, sobre todo, abre ante el hombre rural una ventana de esperanza e ilusión dentro del cuadro sombrío en que se desenvuelve.

La gran cuestión no es mantener aisladas esas dos sociedades, sino integrarlas, dar una cohesión al conjunto, hacer a las partes solidarias y miembros de un todo coherente, firmemente trabado en un destino común. Ello obliga a reformar desde su raíz el medio rural para integrarlo en bloque dentro de la cultura urbana. No se trata de una opinión, ni menos de un juicio negativo, sobre todo lo que la sociedad rural ha aportado a nuestra cultura, ni tampoco de lo que de ella ha de sobrevivir a lo largo de la Historia. Se trata, simplemente, de reconocer que desde la revolución industrial las masas urbanas han logrado unos fabulosos avances sociales, y así se han hecho más acusadas todavía las diferencias entre los niveles y condiciones de vida de los que habitan y trabajan en los sectores industriales y de servicios, por un lado, y los que viven en pequeños núcleos rurales. Esta situación, a más de injusta, es insostenible, por lo que el principio de paridad, levantado como bandera por las masas campesinas, origina la tensión más viva, profunda y operativa que late en la sociedad actual. Porque el principio de paridad no supone sólo paridad en los niveles de renta, sino en el vasto conjunto de medios en que se desenvuelve la vida toda. Por otra parte, los jóvenes rurales aspiran, justamente, a trazar su propio destino y no se avienen fácilmente a ser meros continuadores de una actividad que sitúa a los hombres que la sirven en la condición de ciudadanos de ínfima clase. Y de aquí, también, que el desarrollo del sector agrario constituya un principio básico y previo a toda política de desarrollo, que se hace más y más exigente a medida que la diferencia entre los sectores es más acusada.

---

La necesidad de integrar este mundo rural, incorporándolo a la sociedad industrial y urbana, con sus inconvenientes y ventajas, demanda una máxima dispersión industrial para evitar fronteras, y exige, como es consiguiente, trasladar a la producción agraria principios, formas y modos de la propia sociedad urbana, entre ellos las formas de producción industrial.

---

Y con esto enlace con la segunda idea que intentaba desvelar ante ustedes —el tema es inagotable—, que es la de la empresa, concebida precisamente como respuesta, como instrumento de integración y como medio de superar la sorprendente pasividad con que las Comunidades Rurales han respondido hasta ahora al dinamismo de la sociedad actual. Y es que, quiérase o no reconocer, la empresa surge históricamente como respuesta a unos estímulos externos, y esos estímulos externos son, huelga decirlo, manifestación de una radical transformación de las estructuras socio-económicas. Si acertamos a concebir una forma de organización de la producción agraria a través de empresas agrarias adecuadas al futuro, habremos encontrado la respuesta. Pero no se crea que la cuestión es sencilla, pues lo que sucede con este planteamiento es que la dificultad ha quedado desplazada. Mas permitidme que antes de terminar dedique unos segundos a ahondar en esta materia.

La empresa —decía hace un instante— surge como respuesta a unos estímulos externos. La empresa es una aportación para superar las limitaciones de la organización gremial, de la economía artesanal y de las ideologías moralistas medievales sobre la ilicitud del lucro. La empresa surge al amparo, no de una revolución —que sea la revolución industrial o revolución socio-política poco importa—, sino de una transformación total de los esquemas básicos de convivencia; y surge precisamente para ponerse al servicio de esa transformación. Por cierto que es tanta su eficacia, que pronto pasa a ser causa más que efecto; y la empresa, y lo que consigo arrastra este fenómeno, va a ser la gran palanca de mutabilidad del mundo moderno.

Pero ello lleva, fatalmente, a un oscurecimiento de los rasgos típicos y exclusivos de lo empresarial. La vinculación inmediata y demasiado íntima de la empresa a una circunstancia histórica y a un marco de condicionantes económicas, políticas y sociales específicas, ha hecho que se atribuyan a la empresa como notas que le son esenciales lo que sólo sea, posiblemente, fruto accesorio y eventual de un momento concreto de la Historia. Esto ha hecho más que entorpecer la definición de un concepto; ha creado un tropismo ideológico en virtud del cual el desarrollo del concepto mismo de empresa y de sus repercusiones ha tenido que hacerse de acuerdo con la línea condicionada por aquellos acontecimientos históricos, con mengua notable de las posibilidades de aplicación de la idea de empresa a otros terrenos en los que no se presentaban, o lo hacían en forma diferente, esos

---

presupuestos secundarios. La inaplicación real de la noción vulgar de empresa a las organizaciones agrarias descansa precisamente sobre estos supuestos.

Resulta significativo el que haya habido que esperar, para poder preconizar un cambio del valor del concepto de empresa, a que la idea capitalista pura de la empresa haya naufragado simultáneamente a la crisis del capitalismo, lo que a su vez coincidió, y no podía ser de otra manera, con la crisis del liberalismo. Lenta y trabajosamente, venciendo miles de obstrucciones y de reticencias, la empresa capitalista pura se va transformando en algo cada vez más distante de su modelo. La participación del trabajador en la gestión social, la consideración preponderante de los fines no lucrativos de la Empresa, la misma subordinación de sus programas genéricos a las técnicas modernas de la planificación a escala nacional o supranacional, todo ha contribuido a difuminar los hasta aquí bien precisados contornos de la empresa tradicional. De análoga manera, ya no es el Derecho Mercantil el ordenamiento monopolizador de la empresa; el Derecho Laboral cuida de sus aspectos sociales; el Derecho de la Economía, de sus fundamentos económicos; el Derecho Público asume cada vez un papel más importante en la regulación de la empresa, sin perjuicio de otros fenómenos conexos, como la difusión de las empresas públicas, que ponen las técnicas empresariales al servicio de los fines generales del poder político. Parece posible, por tanto, hablar ya de la empresa agraria como algo sustantivo, con propia virtualidad, desligado de toda servidumbre a ordenamientos ajenos y ceñido al ámbito natural de sus propósitos y de sus medios.

La empresa agraria ha de llevar al campo todas las facetas positivas de la empresa industrial; la objetivación del fin frente a las circunstancias personales; la tecnificación de la gestión; la racionalidad organizativa; la productividad del trabajo y del capital; en último término, la adecuación de medios a fines. Pero ha de cuidarse que ello no vaya en detrimento de la idiosincrasia y de las peculiaridades del campo, y el Estado ha de enmarcar a estas empresas, no en el seno de unas regulaciones civiles o mercantiles, sino en el ámbito de una política total agraria, incluida, a su vez, en metas ambiciosas del desarrollo nacional.

En el momento indudable de un desarrollo económico nacional, no nos olvidemos de esta doble interrelación: no hay reforma agraria si no se integra en un plan de desarrollo, ni hay plan de desarrollo digno de ese nombre si no hay reestructuración total del agro.

Tengo la esperanza —y con esto termino— de que las ideas aportadas en estas Conferencias que ahora tan pobremente clausuran mis palabras, sean recogidas y con el esfuerzo y aportación de todos halleemos el camino para que las Comunidades Rurales se sientan felices de pertenecer a una nación a la que si antes capitanearon con honor y sacrificio, hoy la sirven con no menos generosidad y amor entrañable.